

LIZ KESSLER

READ
ME
LIKE
A
BOOK
(LÉEME)

DESTINO

LIZ KESSLER

Read
me
like
a
book
(Léeme)

Traducción de
Mirta Rosenberg y Gastón Navarro



1

¿Dónde está tu mejor amiga cuando la necesitas?

Quiero decir, de veras.

Es sábado a la noche y aquí estoy en la habitación del frente de Luke con su hermana, Zoe, y un puñado de amigos de él, escuchando una banda de rock que aúlla sobre cómo todos nos vamos a morir, y mirando a un par de chicos que hacen algo que pienso que quiere ser bailar, pero que parece más bien que los están electrocutando lentamente.

Oh, ¿y no lo mencioné? Es mi cumpleaños. Mamá dijo que podía recibir a algunos amigos si quería, pero resultó que los padres de Luke se iban a pasar el fin de semana afuera, así que me ofreció hacerme una fiesta en su casa.

No dejo de mirar a una pareja en un rincón, que parecen ser los únicos que la pasan bien. Sus brazos y piernas están enroscados entre sí, tan tensos como si fueran una cuerda. No se han levantado ni una vez en busca de aire desde que estoy aquí. No es que esté celosa. No es que me esté imaginando qué lindo debe ser tener a alguien desesperado por conseguir todo eso de *mi* atención. El teléfono me suena en el bolsillo y lo saco. Una notificación de Snapchat. La abro. Es una selfie de Cat y su mamá, las dos

están sosteniendo en alto botellas de cerveza San Miguel y sonriéndole a la cámara. El texto de la foto dice: «Feliz cumple, amiga... ¡cómo querría estar ahí!».

Dos segundos más tarde, mi teléfono vuelve a sonar. Otro Snapchat. Este es una foto de un camarero alto, moreno y presumiblemente español que lleva una bandeja de tragos. El texto de la foto dice: «¡Pensándolo bien, muy contenta de estar aquí!». No puedo evitar sonreír. Cat siempre lo consigue... Supongo que por eso es mi mejor amiga. Aun cuando no está aquí, sabe que voy a necesitar que me levanten el ánimo... y ella sabe cómo hacerlo. Al menos, conoce una manera. Si una trata de sentarla y hablar de sentimientos con ella, saldrá corriendo como loca, pero si se le plantea una situación de porquería, encontrará la manera de hacerle reír para sacarte de ella. Y no me agradecería por decir esto, ya que podría arruinar su estilo, pero como no está aquí, lo diré de todas maneras: es una de las personas más consideradas y atentas que conozco.

Por ejemplo, este fin de semana. Sí, es mi cumpleaños y todo eso, pero también es el aniversario del divorcio de su mamá y su papá. Él se fue hace años y Cat lo lleva bien... pero su mamá, Jean, siempre necesita que le levanten el ánimo, y Cat lo recuerda sin que nadie se lo diga. Entonces, ¿saben lo que hizo? Trabajó durante meses turnos extra en su empleo de los sábados, después compró pasajes para un fin de semana en Magaluf para las dos... ella y Jean. Esas son las cosas que suele hacer.

Y la quiero por eso. La quiero, de veras. Pero me deja aquí sola, jugando con el cierre de una lata de Coca diet y preguntándome si será grosero ser la primera persona que se va de su propio cumpleaños.

Estoy a punto de hundirme en un regodeo autoindulgente cuando este chico sale de la cocina... jeans súper ajustados con Calvin Klein blancos asomando de la cintura, zapatillas negras, una suerte de remera onda surfista, pelo negro revuelto que po-

dría haber llevado una hora acomodarse o que podría haber estado así desde que se levantó de la cama, ojos marrones profundos e intensos que escrutan la habitación como si estuviera buscando a alguien. Entonces me localiza y se acerca.

—¿Ese Corsa es tuyo? —dice—. Lo digo porque me está bloqueando y necesito hacerme una escapada hasta el Co-op a buscar algunas provisiones.

Bien, entonces no, no es el comentario más romántico del mundo. Pero dado el nivel de los momentos culminantes de la velada hasta el momento, es suficientemente bueno para mí.

—Es de mi mamá, en realidad. —Alzo la cara y le sonrío—. Me lo prestó para esta noche.

Durante un segundo, gozo de la idea de mí misma como una persona madura y responsable. Alguien que puede manejar sola hasta una fiesta. Quiero decir, claro, que vivimos sólo a dos cuadras de distancia. Y, sí, mamá tuvo que sentarse en el asiento del acompañante cuando vine. Y, sí, Luke tuvo que prometer que me acompañaría cuando condujera hasta casa. Pero, de todas maneras. Es el principio. El hecho de que puedo hacerlo.

El chico parece asentir lentamente, después hace una larga pausa. ¿Es tímido? Estoy a punto de preguntar qué clase de auto tiene, sólo para mantener la conversación, cuando de pronto advierto lo que ha dicho. No era tan sólo una frase para entablar conversación.

—¡Oh, espera! ¿Quieres que lo mueva? Voy a buscar las llaves.

Con las mejillas ardiéndome, voy en busca de Luke y muevo el auto.

Mientras estoy aquí, permítanme que les cuente algo más sobre Luke. Es uno de esos chicos buenos. Ya conocen la clase. Usa linda ropa, no la más de moda, pero no desabrida ni desaliñada. Ayuda a las ancianas a cruzar la calle. Hace su tarea a tiempo. Se lleva bien con los padres de la gente. Tiene adorables ojos

azules que se bordean de arrugas y brillan cuando sonrío —algo que hace con frecuencia— y pelo castaño claro, pulcramente peinado.

Es lo que mi niñera solía llamar «bien arreglado», pero no tanto como para resultar vanidoso. Probablemente me gustaría si no hubiera crecido pensando en él prácticamente como un hermano. Lo conozco desde siempre. Estuvimos juntos en el jardín de infantes y estuvimos mucho tiempo juntos desde entonces.

Durante el último año más o menos, ha sido más amable todavía conmigo porque le gusta Cat y supone que si sigue viéndome, algún día ella se dará cuenta qué buen tipo es y saldrá con él. Desafortunadamente, a Cat sólo le gustan los chicos que no están disponibles o que se burlan de ella. Luke cree que puede salvarla de todo eso. Siempre me está pidiendo que le hable bien de él. No se da cuenta de que a Cat no le gustan los buenos tipos. Tal vez si le digo que es un completo bastardo, le prestará atención.

¿Quién sabe? A veces ni siquiera yo entiendo a Cat.

Entonces, algo más sobre Cat. Su nombre verdadero es Catherine, pero los únicos que la llaman así son los profesores, los médicos y yo ocasionalmente cuando quiero fastidiarla, ya que lo odia. Es pequeña, traviesa, un poco peleadora y ferozmente independiente. Se parece, digamos, a un gato.

Creo que es lo que en una tienda llamarían *small*, salvo que eso suena demasiado remilgado para ella. Además, nunca compra en la clase de lugares que tienen una sección para *smalls*. Compra toda su ropa de segunda mano, cuanto más extravagante mejor. En este momento, su conjunto favorito es un par de jeans tan rasgados que deja ver más piel que jean, un par de Doc Martens amarillos y casi cualquier cosa arriba mientras sea apretado como para marcar su figura y suficientemente brillante para lograr que la vean. Tiene un pelo salvaje, rubio y enrulado, ojos de gato de color verde brillante, un tatuaje en la cola y piercings en las orejas

(cuatro en cada una), la nariz (sólo uno), la boca (dos de cada lado) y la ceja izquierda.

Luke no es el tipo de Cat.

Así que esos son Luke y Cat. Ahora volvamos a mí.

Acabo de mover el auto y estoy revisando la lista de música de Luke, buscando algo para levantar el ánimo de la fiesta antes de que todos nos hundamos en una depresión clínica. Elijo el disco de Zoe de One Direction. A los amigos de Luke no les va a gustar, pero es mejor que la música de ellos que sirve para cortarse las muñecas, creo que tengo derecho a no terminar en una habitación llena de gente muerta el día de mi cumpleaños.

—Te traje un trago. —Calvin Klein me da un golpecito en el hombro.

Pienso con cuidado sus palabras antes de contestarle. Ya sé que no son muy complicadas, pero no pienso cometer el mismo error otra vez.

—Aquí tienes. —Sonríe y me alcanza una lata de Coca.

Tomo la lata sin quitarle los ojos del rostro: a) para comprobar que no se está burlando de mí y b) porque es un verdadero bombón y no estoy segura de cómo hacer para que mis ojos acepten dejar de mirarlo.

—Te debía una. Fue una mezquindad hacerte correr el auto de esa manera. En tu cumpleaños y todo.

—Está bien. No es nada. —Tranquila, Ashleigh. Te conviertes en una idiota semimuda el minuto en que un chico más o menos decente te dirige la palabra.

En realidad, esperen un segundo. Será mejor que aclare algo en este punto, por las dudas que esté dando una impresión equivocada. No soy una de esas tontitas descerebradas que hablan de muchachos y se maquillan todo el tiempo. Para empezar, casi nunca uso maquillaje y, para seguir, los muchachos son... bueno, están bien, pero no son todo. En cuanto empiezo a salir con alguno, parezco aburrirme. Casi todos los muchachos del colegio son

perdedores de alguna clase. Creo que todos toman lecciones en secreto para aprender a convertirse en completos tarados en cuanto cumplen quince o dieciséis. A veces creo que estaríamos mejor sin ellos.

A veces, pero no en este momento.

Nos ponemos a hablar. Se llama Dylan y está en una banda. Trabaja en una tienda de ropa en la ciudad («sólo hasta que la banda despegue»). Vino con algunos amigos, pero todos se están emborrachando en el cuarto de al lado y él está aburrido porque es el que conduce.

Nos estamos entendiendo verdaderamente bien cuando Luke se acerca, con aspecto nervioso.

—Ash, tienes que ir a hablar con Zoe. Nick acaba de terminar con ella y ella se encerró en el baño. Dijo que no hablaría con nadie salvo contigo.

—¿Por qué conmigo? ¡Tú eres su hermano!

Sí, ya sé que es egoísta y lo lamento, ¿sí? Pero, vamos. Es mi cumpleaños y estoy hablando con el único tipo decente del lugar.

Luke me mira con sus ojos tristes, suplicantes.

—¿No vendrás?

Fulmino a Luke con la mirada, mientras al mismo tiempo trato de sonreírle seductoramente a Dylan (nada fácil... inténtenlo alguna vez) y me dirijo al baño.

Zoe abre la puerta apenas para asegurarse de que no hay nadie conmigo. Después me mete adentro y se desmorona en un cesto de ropa que está en un rincón. Yo me acomodo en el borde de la bañera, esperando que diga algo.

Está destrozada. Algo así. Ha estado viendo a Nick durante tres semanas y creí que era El Elegido. Pero seamos honestas en este punto. Zoe tiende a tener ideas poco realistas sobre quién podría ser El Elegido. Y, para ser justa, al cabo de unos pocos días de completa desesperación, otro Elegido generalmente aparece bastante rápido.

Zoe es un año más joven que nosotros. Tiene largo pelo rubio (que jura es natural, pero que era totalmente de un marrón arratonado durante los primeros catorce años de su vida al menos), enormes ojos azules y se ha pasado la vida eligiendo a los amigos de Luke.

Parece que su velocidad de recuperación está aumentando, ya que parece que la única razón por la cual quería que yo fuera es para averiguar si Dylan vino por su cuenta.

—Sólo porque, si conozco a algún otro, eso me ayudaría a sobreponerme a lo de Nick —gime entre sollozos.

—En realidad, acaba de invitarme a salir —respondo rápidamente.

Y sí, *OK*, lo juro, admito técnicamente que esto no es ciento por ciento verdad. Pero he aprendido que no hay que correr riesgos con Zoe.

Ella hace esa suerte de ruido de ahogo mientras me mira fijo, como si yo acabara de decir la cosa más improbable del mundo entero. Gracias, Zoe. Después se recobra y oculta su *shock* con una tos.

—Ah, bueno. Grandioso.

Le da un tirón a una toalla que hay en el radiador, se suena la nariz con ella y la arroja en el canasto.

—Ve con él, entonces.

Siento una punzada de culpa.

—¿Estás segura?

Zoe está agachada sobre el lavabo para mirarse en el espejo, ya recobrada.

—Por supuesto —dice, sacándose el lápiz de labio.

Como yo en general no elijo lo mismo que ella, decido aceptar su bendición y hacer la prueba con Dylan.

Me miro en el espejo de cuerpo entero que está en la pared. Mi pelo se ve bien. Es más o menos rubio, gracias a los reflejos, y más o menos lacio, gracias al alisado. Ni corto ni largo, me llega más o

menos a los hombros. Tiene un obstinado remolino del lado izquierdo, que trato de achatar con la mano, sin lograrlo. Me miro de perfil y meto la panza, aun cuando no soy gorda. Soy más o menos promedio, supongo. Ropa promedio, también. De pronto deseo haberme puesto un rímel más denso, sombra más brillante y algo más interesante que jeans y una remera. Pero no lo hice. Nunca lo hago; esa no soy yo.

—¿Estás segura? —le digo mientras le doy la espalda para irme.

Zoe me mira desde el espejo.

—Por supuesto que sí. Estoy perfecta, te lo juro. —Sonríe—. Vete. Ve. Bajaré en un minuto. Buena suerte.

La abrazo rápidamente desde atrás y vuelvo a bajar corriendo. No se ve a Dylan por ninguna parte.

Después de haber recorrido disimuladamente dos veces cada habitación de abajo, y todas las de arriba que no están cerradas o de las que no sale ningún ruido, abandono y voy en cambio en busca de Luke. Está en la cocina. Hay una larga mesa de madera que tiene alrededor de veinte latas de Stella y dos cajas de vino en un extremo y cinco cuencos de plástico de cosas para picar en el otro. Me deslizo en el banco que está junto a él y tomo un puñado de castañas de cajú.

—Entonces, ¿dónde está *comosellama*? —pregunto, con mi voz más indiferente.

—¿Quién es *comosellama*?

—Hm, ¿cómo era...? Dylan, me parece —completamente desinteresada.

—Ah, ese. —La mano de Luke se cierne brevemente sobre los Quavers antes de atacar los Hula Hoops—. Se tuvo que ir. Uno de sus amigos vomitó y Dylan se ofreció a llevarlo a casa.

El corazón se me hunde bajo la mesa.

—¿Va a volver?

—No creo.

Se me cae la cabeza. Al igual que mis esperanzas. El final perfecto para un cumpleaños perfecto.

Luke farfulla con un bocado de maníes.

—En realidad, me pidió tu teléfono.

—¿Qué? ¿Se lo diste?

—No lo recordaba, lamento.

—¿Lamento? ¿Eso es todo?

Luke parece alicaído, como como si sólo en este momento se diera cuenta que me lo arruinó.

—Ash, de veras lo lamento, amiga. Te lo voy a compensar. Conseguiré su número y le diré que le gustas...

No puedo estar mucho tiempo enojada con Luke.

—Está bien —digo, tratando de sonreír—. Como sea, no es tu culpa. De todos modos no me gustaba tanto.

Luke me lanza una mirada tipo «sí, como sea» y yo me ocupo de mi Coca, lista para hundirme en mi depresión cumpleañosera. Entonces advierto algo. Un pedacito de papel asoma de mi lata de Coca... como en los viejos tiempos cuando solían dejarle una nota al lechero diciendo «un litro para mañana». Salvo que, obviamente, es algo mejor.

Ash, me gustó hablar contigo. Si te parece, llámame.

Dylan.

Bajo su nombre estaba escrito su número de teléfono.

Leo la nota tres veces.

Después ya no me importa más la música ni el baile ni la pareja del rincón que, a propósito, siguen tan dedicados a expresarse el cerebro que me sorprende que no hayan muerto por falta de oxígeno.

A Dylan le gustó hablar conmigo, ¡me dio su número de teléfono!

Me siento sonriendo para mis adentros mientras me termino

la Coca. Al cabo de un rato, decido que ha llegado el momento de terminar la noche. Doblo la nota, la pongo cuidadosamente en mi bolsillo, busco mi abrigo —y el de Luke— y conduzco las dos cuadras hasta casa.